

15504

Marzo

24/174

ADMINISTRACION  
LÍRICO-DRAMÁTICA.

---

EL AMOR  
DE CAYETANA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

VICENTE RUBIO LORENTE.

1773

MADRID.  
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.  
1874.

L47 - 6455

88-6

247-6455

# EL AMOR DE CAYETANA,

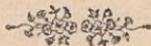
COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

original

DE

VICENTE RUBIO LORENTE.

ESCRITA ESPRESAMENTE PARA EL BENEFICIO DE LA PRIMERA  
ACTRIZ SEÑORITA DOÑA MARÍA RUIZ, Y ESTRENADA CON  
EXTRAORDINARIO APLAUSO EN MADRID EN EL TEATRO DE ESLAYA  
LA NOCHE DEL 28 DE FEBRERO DE 1874.



MADRID:

IMPRENTA DE PEDRO ABIENZO,

CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBREERÍA.

1874.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

CAYETANA.....	D. <sup>a</sup> MARÍA RUIZ.
TECLA.....	» MARÍA ARTIGUES.
ARTURO.....	D. FRANCISCO LOPEZ.

---

*La escena pasa en Madrid.—Epoca presente.*

---

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lirico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

AL SR. D. JOSÉ FERNANDEZ AUSEJO.

Nada para mí más grato, como  
poner el nombre de Vd. al frente de  
esta comedia, que el indulgente público  
ha recibido con aplauso.

Abcoja, pues, esta produccion, como  
una débil muestra de la alta estima en  
que le tiene su afectisimo y consecuente  
amigo,

El Autor.

AL SR. D. JOSE FERNANDEZ AUSTRO

El Sr. D. Joze Fernandez Austro  
pues el nombre de Sr. de Sr. de Sr.  
no cambia, que al principio publico  
se creio con el mismo nombre  
y como que esta produccion como  
una obra nueva de la misma clase en  
que se tiene un refugio y consuelo  
digno

En Madrid a 10 de Mayo de 1788

---

## ACTO UNICO.

---

Sala lujosamente amueblada.—Un velador, y encima de este, un ramo de flores, una tarjeta y *El Correo de la Moda*.—Puerta al foro y laterales.

### ESCENA PRIMERA.

Aparece TECLA con un acerico en la mano, envuelto en una infinidad de papeles de diferentes colores.

Pues, señor, todo está listo,  
gracias á San Cayetano,  
santo de mi señorita,  
y hoy es, no puedo olvidarlo.

Si; se llama Cayetana.

Me parece que este año  
se va á quedar sorprendida  
al recibir mi regalo.

¡Es un regalo magnífico,  
caprichoso! Vamos, vamos,  
digo que es mucha sorpresa  
la sorpresa que le guardo.

Aquí está; entre mil papeles  
envuelto, lo he conservado;  
lo descubriré con tiento,  
porque es muy fácil mancharlo.

Lo enseñará á todo el mundo  
mi señorita, está claro;

¡si es una cosa que encanta!  
como cosa hecha de encargo.

Y no se crean ustedes  
 que costó mucho, al contrario.  
 ¿Lo ven? Pues este acerico,  
 sólo cuesta ¡treinta cuartos!  
 Mas tengo que hacer presente,  
 que el dármelo tan barato  
 ha sido, porque conozco  
 al primo de un escribano,  
 que es compadre, según dicen,  
 de un sacristan, que es tocayo  
 del confesor de la monja  
 que ha hecho este gran trabajo.  
 En fin; yo me pinto sola  
 para esto de hacer regalos,  
 y en prueba de ello, este es uno  
 bueno, bonito y... ¡canario!  
 que si me descuido un poco  
 va por el suelo rodando.  
 ¡Qué acerico tan remono!  
 ¡Si es digno de ser premiado!  
 ¡Ay, me lo comia á besos! (Besándolo.)  
 ¡Benditas sean las manos  
 que hacen cosas tan riquisimas!  
 Me parece que oigo pasos.  
 Ya sale mi señorita.

## ESCENA II.

TECLA y CAYETANA.

CAYET. ¿Quién ha venido?  
 TECLA. Un criado,  
 que ha dejado esta tarjeta  
 y este magnífico ramo.  
 Pero tengo que entregarle  
 otra cosa.  
 CAYET. ¿Qué es? Sepamos.  
 TECLA. En prueba del gran cariño  
 que la tengo, la regalo...  
 poca cosa, este acerico,  
 por ser hoy San Cayetano.

- CAYET. Me gusta mucho.  
 TECLA. ¡Es precioso!  
 CAYET. (¡Qué infeliz!)  
 TECLA. (¡No será extraño  
 que en alguna exposición  
 figure!)  
 CAYET. ¡Oh! ¡y es de raso!  
 Mil gracias por el recuerdo.  
 TECLA. No, no hay de qué. (Es de su agrado.)  
 CAYET. ¡Y *E! Correo de la Moda*  
 lo han traído?  
 TECLA. Aquí está.  
 CAYET. Dámelo.  
 TECLA. ¿Quiere usted otra cosa?  
 CAYET. Nada;  
 déjame sola.  
 TECLA. Volando.

(Antes de salir cogió el acerico que Cayetana ha-  
 brá dejado encima del velador y esclama be-  
 sándolo)

¡Qué acerico! ¡qué acerico,  
 le he de poner en un cuadro!

### ESCENA III.

CAYETANA sola contemplando el figurín que traerá el pe-  
 riódico.

Qué traje más caprichoso,  
 caprichosísimo es;  
 con un traje así, divina  
 estaría yo; pues bien,  
 en esta misma semana,  
 nada, me lo mando hacer.  
 (Después de haber hojeado el periódico.)  
 ¡Hola! vienen poesías,  
 lo mismo que la otra vez.  
 Me gustan mucho los versos,  
 más que la prosa, si á fé.  
 ¡Oh! los versos me entusiasman;  
 de qué autor serán ¿á ver? (Fijándose.)

¡Si son de mi amigo Arturo!  
 Si, si. (Leyendo.) «Arturo de Fidel.»  
 Veremos cómo se espresa,  
 que en ello tengo interés:  
 «A la linda señorita  
 doña Cayetana Rey,  
 en el día de su santo.»  
 ¡Si soy yo! ¡Dios de Israel!  
 De la alegría que tengo  
 no sé si podré leer.  
 «Cuando el alba sonreía,  
 me despertó esta mañana  
 una dulce melodía  
 de un ruiñeñor, que decía:  
 ¡Cayetana! ¡Cayetana!  
 Entonces, cual trovador,  
 quise una trova cantarte,  
 pero no pude, ¡oh dolor!  
 y mientras, el ruiñeñor  
 no cesaba de nombrarte.  
 Quise de nuevo cantar,  
 ¡imposible! ¡ilusion vana!  
 lo tuve al fin que dejar,  
 y el ruiñeñor sin cesar  
 repetía: ¡Cayetana!  
 Cuando apurado me vió  
 el ruiñeñor, exclamó:  
 ¡Tú podrás cantar, si quieres,  
 mil trovas á las mujeres,  
 pero á los ángeles, yo!» (Un momento de pausa.)  
 ¿Qué es esto que por mí pasa?  
 Yo siento amor, no es mentira,  
 y eso que tengo presente,  
 porque nunca se me olvida,  
 uno de los mil consejos  
 que me daba mi abuelita:  
 «Tienes diez y seis abriles,  
 y eres en verdad tan linda,  
 que todo el mundo te llama  
 la reina de las bonitas.  
 Y es tu inocencia tan grande,

que cuando un jóven te mira  
 bajas la faz, y en dos rosas  
 se transforman tus mejillas.  
 Sigue con esa inocencia,  
 que es muy propia de las niñas;  
 más si un día, Cayetana,  
 por algun jóven suspiras,  
 sufre y guarda tu cariño;  
 llora, más no se lo digas;  
 ámale, pero en secreto,  
 porque si tu amor le pintas,  
 te verás como las flores,  
 que al marchitarse, las tiran.  
 Y hoy cumplo veintidos años,  
 la primer vez en la vida  
 que he sentido por un hombre  
 un amor que no se esplica.  
 Amor, que me roba el alma,  
 un amor, que me fascina;  
 ¿cómo no, si es el que adoro  
 el autor de estas quintillas!  
 (Señalando las del periódico.)  
 Es un jóven tan simpático,  
 maneja tan bien la lira,  
 que cuando vibran sus cuerdas  
 goza tanto el alma mia,  
 que ignoro en aquel momento  
 si estoy despierta ó dormida.

#### ESCENA IV.

CAYETANA y ARTURO.

- ARTURO. Muy felices, Cayetana.  
 CAYET. Gracias; he visto sus versos.  
 ARTURO. Valen poco, son perversos.  
 CAYET. (¡Quién á modesto le gana!)  
 Nadie su talento niega.  
 ARTURO. El no tenerlo me abrumba,  
 y usted es digna de una pluma  
 cual la de Lope de Vega.

- Yo no duermo, no sosiego  
 emborronando papel,  
 más, mi musa está al nivel  
 de la de *Perico el ciego*.  
 Y eso en verdad me desvela;  
 pero otro Lope sería,  
 si yo encontrase algún día  
 una *pluma de gacela*.
- CAYET. Siempre con tan buen humor.  
 ¿Y sus cosas en qué estado  
 se encuentran?
- ARTURO. Al diputado  
 he visto, y el tal señor  
 me dice que espere un poco.
- CAYET. Como usted se emplee, Arturo,  
 se casa, sí, de seguro.
- ARTURO. ¡Ni que yo estuviera loco!  
 ¿Yo casarme? ¡Dios eterno!  
 ¿Yo contraer matrimonio  
 sin tener más patrimonio  
 que un destino del gobierno?  
 ¡Libreme Dios!
- CAYET. ¿Y por qué?
- ARTURO. ¿No hay empleos lucrativos?
- CAYET. Sí; más tengo mis motivos.
- CAYET. ¿Cuáles son?
- ARTURO. Se los diré.  
 Un hombre que está empleado  
 se casa, sigue adelante,  
 pero le dejan cesante  
 á poco de estar casado.  
 Pasa un día y otro día  
 sin volverse á colocar,  
 y se trasforma su hogar  
 en miseria y compañía.  
 La mujer ya frunce el ceño,  
 por pasar meses y meses  
 sin ver nada más que *ingleses*  
 y papeletas de empeño.  
 ¿Qué papel le toca hacer  
 á un marido, que su esposa

- se encuentra joven, hermosa  
y sin tener que comer?  
Nada; lo más natural  
es que vea su señora  
al ministro, y sin demora,  
le pida una credencial  
mejor que la que ha tenido;  
le sirve el ministro fiel,  
pero mientras, ¿qué papel  
le toca hacer al marido?
- CAYET. ¿Por qué?
- ARTURO. Porque más de dos  
le escupieran al pasar;  
porque, señora, hay que dar  
más cuenta al mundo que á Dios.
- CAYET. Bien, apruebo su relato;  
(me gusta cómo se esplica)  
más por una joven rica  
¿dejaría el celibato?
- ARTURO. Si es pobre mi posición,  
no haré tal.
- CAYET. ¿No?
- ARTURO. No.
- CAYET. ¡Lo siento!
- ARTURO. Pues no miro el casamiento  
como una especulación.  
Me fundo, tengo razones,  
y se las voy á decir.  
El casamiento es unir  
en uno dos corazones,  
y eso muy difícil es;  
si aun amándose no pasa,  
¿qué será si uno se casa  
sólo por el interés?
- CAYET. Entremos más en materia.  
¿Usted, no transigiría  
si llegase el fatal día  
de verse entre la miseria?
- ARTURO. Présteme un poco atención.  
Hoy, sin lisonja, me ama  
una vieja, que se llama...

doña Teresa Gascon.  
 Me encuentro bastante mal  
 y execro esas relaciones,  
 teniendo treinta millones,  
 la vieja, de capital.  
 El honor me lo aconseja,  
 más si se agravan mis males,  
 con condiciones iguales  
 una jóven y una vieja,  
 puedo jurarle por Dios  
 que si en tal caso me viera...

CAYET. ¿Optára por la primera?

ARTURO. Por ninguna de las dos.

Por ninguna, la verdad.

CAYET. (Sí, tiene delicadeza.)

ARTURO. Yo prefiero la pobreza

á perder la dignidad.

Quiero esta marcha seguir  
 aunque la miseria venga.

Me casaré, cuando tenga  
 un risueño porvenir;

no desmayo, tendré calma,

y si al fin logro una cosa,

me declararé á la diosa  
 que me está robando el alma.

CAYET. ¿Con que ama usted? (¡Cielo santo!)

ARTURO. Amo, sí.

CAYET. (¡Tendré valor!)

¿Con que siente usted amor?

ARTURO. ¡Qué! ¿soy yo de cal y canto

para no poder sentir?

Amo, cual la madre al niño;

¿si no tuviese cariño

podria yo subsistir?

CAYET. ¿Y esa jóven que usted ama

lo ignora?

ARTURO. Sí, me concreto

á amarla sólo en secreto;

mi posicion lo reclama.

CAYET. ¿Qué tiene que ver?...

ARTURO. Si tal,

- dinero se necesita.
- CAYET. ¡Dinero! (Con desprecio.)
- ARTURO. Si, señorita,  
eso es lo mas esencial.  
Mañana, yo me declaro,  
y si me dice que sí,  
ya me tiene usted á mi  
comprometido, está claro.  
Yo parezco un caballero,  
parezco, mas no lo soy.
- CAYET. ¿Por qué causa?
- ARTURO. Porque estoy  
siempre falto de dinero.  
Pues bien; se le antoja un día  
ir al Circo encopetada...
- CAYET. Y ella se paga la entrada?
- ARTURO. ¿Y quièn me paga la mia?  
Que la pague yo, es preciso,  
ó si no mi dignidad...
- CAYET. Finge usted una enfermedad...  
y sale del compromiso.
- ARTURO. Cierto, pero, ¿y si en seguida  
toma abono?
- CAYET. Sigue usted  
enfermo.
- ARTURO. Y así estaré  
enfermo toda la vida.  
Nada, nada, es cosa óbvia;  
por la novia he de gastar,  
y... ó me tengo que empeñar  
ó quedar mal con mi novia.  
Si tal hago, me denigro,  
la ocasion hace al ladron,  
y evitando la ocasion,  
así se evita el peligro.
- CAYET. ¿Pero usted ve con frecuencia  
á esa jóven?
- ARTURO. Ya lo creo,  
todos los dias la veo;  
¡me es tan grata su presencia!
- CAYET. ¿Y es su corazon ingrato

para amar?

ARTURO.

Yo no lo sé.

CAYET.

¿Y es muy hermosa?

ARTURO.

Le haré

en quintillas su retrato.

De sus ojos los destellos

al mismo sol le hacen guerra

y esclamo al verlos tan bellos:

¡Si ángeles hay en la tierra

esa niña es uno de ellos!

Si hacer su retrato fiel

se propusiera un pintor,

aunque fuese un Rafael,

seguro que su pincel

le haria poco favor.

La dotó Naturaleza

con hermosura ideal,

porque es bella, sin rival,

tan bella, que su belleza

tiene que ser inmortal.

Así, pues, sin adularla,

todo el mundo como yo

no dejará de elogiarla,

que á rica, podrán ganarla,

más lo que es á hermosa, nó.

CAYET.

Siendo esa niña un tesoro,

es justo que al mundo asombre;

¿y podré saber su nombre?

ARTURO.

Cayetana... yo lo ignoro.

CAYET.

¿Y la ve usted en el balcon,

en su casa ó en paseo?

ARTURO.

Señora, siempre la veo

aquí... en la imaginacion.

Me es imposible olvidarla;

nunca olvidarla podré.

CAYET.

¿Pero, cuándo la habla usted?

ARTURO.

Ahora... quisiera yo hablarla.

CAYET.

(Se escurre; ¿cómo podría?...)

ARTURO.

¿Es una mujer tan bella!

CAYET.

Pero, señor, ¿quién es ella?

ARTURO.

Usted... lo sabrá otro dia.

se lo promete su... amigo,

conque adios (Saludando.)

CAYET.

(¡Qué hombre más raro!)

Si está aquí más, me declaro.

ARTURO.

Si no me voy, se lo digo. (Vase.)

## ESCENA V.

CAYETANA sola.

Es la desgracia mayor  
 el ser mujer, no os asombre:  
 la mujer queriendo á un hombre  
 no puede hacerle el amor.  
 La sociedad inclemente  
 esa ley fué á establecer;  
 pues qué sacaso la mujer  
 es de piedra, que no siente?  
 ¡Que ley! ¡que ley! vamos, sudo  
 cuando me pongo á pensar,  
 que la mujer ha de estar  
 bajo la ley del embudo.  
 ¡Pero qué mortal se atreve  
 á decir con gran cinismo,  
 que exista ese despotismo  
 en el siglo diez y nueve?  
 El despotismo es injusto,  
 pero por justo lo pasa  
 la mujer, si esta se casa  
 con un hombre de su gusto.  
 Yo con Arturo estaria,  
 no un año, no, sino ciento,  
 sin tener más alimento  
 que su dulce poesía.  
 ¡Ella, sería mi encanto,  
 mi subsistencia, lo juro,  
 porque los versos de Arturo  
 me alimentarían tanto!  
 Por la mañana, quintillas,  
 al medio día, sonetos,  
 por la tarde, unos tercetos,

y á la noche... seguidillas.  
 Sin abrigar el temor  
 de verme hecha un alambre:  
 digo... ¿pasaría hambre  
 teniendo al lado el autor?  
 Yo creo que esto es querer;  
 por Arturo estoy sufriendo;  
 pero Arturo está queriendo  
 en secreto á una mujer.  
 Él mismo aquí confesó  
 que estaba amando á una diosa,  
 y eso me tiene celosa.  
 ¿Si esa diosa seré yo?  
 ¡Gran Dios, calma mi ansiedad  
 sacándome de este abismo!  
 ¡Oh, qué idea! Sí, sí, hoy mismo  
 voy á saber la verdad.  
 La tardanza me exaspera,  
 yo vivir así no puedo;  
 (Tira del cordón de la campanilla.)  
 pues, señor, quién dijo miedo,  
 salga el sol por Antequera.

## ESCENA VI.

CAYETANA y TECLA.

- TECLA. ¿Qué se ofrece, señorita?  
 CAYET. Oye, ven, que el tiempo pasa.  
 Hoy al señorito Arturo,  
 por reir bien á mis anchas,  
 le quiero dar uha broma;  
 pero no broma pesada,  
 y para llevarla á cabo  
 me haces muchísima falta.  
 Dí, ¿puedo contar contigo?  
 TECLA. Soy de usted en cuerpo y alma.  
 CAYET. Entonces, voy á decirte  
 cuál es mi plan de campaña.  
 Voy á disfrazarme de hombre.  
 TECLA. ¿De hombre usted?

CAYET.

TECLA.

Si.

¡Santa Bárbara!

¿Pero y si Arturo se entera?...

CAYET.

No se enterará de nada,  
siempre que al pié de la letra  
lo que yo te ordene hagas.Si Arturo viene y pregunta  
por mí, dices: «No está en casa,  
pero me dejó el encargo  
que esperase usted sin falta.»  
Mientras tanto, le entretienes.

TECLA.

CAYET.

Pero, ¿cómo? ¿Cómo?... Le hablas

del calor que hace en Madrid,  
ó de un viaje á la Granja.Llego yo, y sin inmutarte,  
por Juan Antonio me llamas;  
figuro ser primo mío.

TECLA.

¿Primo de usted misma? ¡Vaya!  
Digo que eso es imposible,  
señorita Cayetana.¿Cómo puede usted ser él,  
y él usted, si usted es...

CAYET.

Calla,  
porque estás disparatando.¿No ves que yo, disfrazada,  
represento ser el primo  
de mi misma?

TECLA.

¡Ya! ¡Caramba!  
Gracias á Dios que lo entiendo,  
(no he entendido una palabra.)

Puede usted estar tranquila.

CAYET.

Pues me voy. (Sí, tendré calma;  
Arturo, pronto sabré  
si soy yo la que tú amas! (Vás.e.)

## ESCENA VII.

TECLA, sola.

¡Jesús! ¡Jesús! ¡Me hago cruces!  
¡Si esto me parece un sur!

¡Ponerse mi señorita  
 un traje de caballero!...  
 ¿Qué miras serán las tuyas  
 al dar un paso tan serio?  
 Dice que es por embromar  
 á Arturo; podrá ser cierto,  
 más, ¿bromitas con los hombres,  
 y bromitas de ese género,  
 cuando sabe todo el mundo  
 que los hombres son el fuego  
 y las mujeres la estopa,  
 y viene el diablo?... Silencio;  
 de quien nos dá de comer  
 no está bien que murmuremos.  
 ¡Ay! si viviera mi esposo,  
 no estaría yo sirviendo.  
 Mi marido era teniente,  
 ¡oh! sí, de carabineros,  
 y aunque su paga era corta,  
 tenía en cambio un talento  
 muy grande, ¡pero tan grande!  
 que en nueve meses y medio  
 que estuvo allá, en Algeciras,  
 de comandante de puesto,  
 tan sólo con los alijos  
 hizo un capital inmenso.  
 Si el difunto, que esté en gloria,  
 tan jóven no hubiera muerto,  
 para ministro de Hacienda  
 no hubiese tenido precio.  
 En fin, á los cuatro meses  
 de hallarme viuda, un sugeto,  
 amigo de mi marido,  
 me hizo el amor. «Ya hablaremos,»  
 le contesté yo enseguida;  
 más, señores, es lo cierto,  
 que al cabo de seis semanas  
 era ya mi amor tan ciego,  
 que creida en las promesas  
 de mi adorado tormento,  
 sin andarme con chiquitas

le entregué todo el dinero,  
 todo se lo entregué, todo,  
 todo... hasta el último céntimo.  
 Llega el día de la boda,  
 ¡oh! ¡qué día tan funesto!  
 La casa se hallaba llena  
 de personas de ambos sexos,  
 toda gente convidada;  
 y como pasaba el tiempo  
 y el novio no parecía,  
 los padrinos resolvieron  
 nombrar una comision  
 para que fuera corriendo  
 á enterarse de la causa.  
 Se hizo así, pero al momento,  
 ví regresar muy furiosa  
 á la comision, diciendo:  
 «Ya no hay boda, porque el novio  
 se ha marchado al extranjero;»  
 y entonces todos á coro  
 gritaron: ¡Vaya un *camelo!*  
 Al saber tan fatal nueva,  
 en medio de aquel infierno,  
 yo me arañaba la cara,  
 yo me arrancaba el cabello,  
 y dando treinta mil vueltas  
 me encontré frente á un espejo,  
 y prorumpí al contemplarme:  
 ¡Ay, amor, cómo me has puesto!  
 (Suena una campanilla.)  
 Han llamado, voy á abrir;  
 ¿si será Arturo? Veremos.

### ESCENA VIII.

TECLA y ARTURO.

ARTURO. Conque dices que ha salido  
 la señorita, lo siento.

TECLA. Pero no debe tardar,  
 porque se marchó diciendo:

«Si viene mi amigo Arturo,  
que aguarde, que pronto vuelvo.»

- ARTURO. Entonces la esperaré.  
TECLA. (Ahora entretenerle debo.)  
¡Qué calor hace en Madrid!  
ARTURO. Hace calor, en efecto.  
TECLA. Así abunda la hidrofobia.  
ARTURO. No abunda, no, porque creo  
que si tal cosa abundara,  
ya debían de haber muerto,  
el perro del prestamista,  
el perro del zapatero,  
el perro de mi patron,  
el perro de mi sereno,  
el gran perro de mi sastre,  
y otros mil que no recuerdo;  
porque, Tecla, convengamos  
que en Madrid hay muchos perros.  
TECLA. Y qué, ¿no hay sobra de perras?  
ARTURO. Eso usted... debe saberlo.

### ESCENA IX.

Los mismos y CAYETANA, vestida de hombre.

- TECLA. ¡Señorito Juan Antonio!  
CAYET. ¿Y mi primita?  
TECLA. Salió,  
pero no tardará, no,  
(¡Qué mujer, es un demonio!)  
CAYET. Te tengo que hacer presente,  
que he estrañado mucho hallar  
la puerta abierta; robar  
pude yo muy fácilmente,  
y esto ya de raya pasa.  
TECLA. Pero si ha sido...  
CAYET. Chiton;  
por si ha entrado algun ladron,  
anda á registrar la casa.  
TECLA. (Vamos, con qué disimulo  
está mintiendo.)

CAYET.

¿Qué esperas?

TECLA.

(¿Pero yo me voy de veras?) (Bajo entre las dos.)

CAYET.

(Si no te vas, te estrangulo.) Idem.

## ESCENA X.

Los mismos, ménos TECLA.

Ruego me perdone usted,  
si por no haberme fijado  
antes, no le he saludado  
cual debía.

ARTURO.

No hay de qué.

Y como persona llana  
los cumplimientos suprimo,  
tanto más, siendo usted primo  
de mí... amiga Cayetana.

CAYET.

¿Con qué es su... amiguita?

ARTURO.

Sí:

me honra mucho su amistad.

CAYET.

Si he de decir la verdad,  
que era su novia creí.

Pero ya que convencido  
estoy, que sólo es... su amiga.

no es extraño que le diga  
que si de Murcia he venido,  
ha sido con la intencion  
de hacerla el amor hoy mismo.

ARTURO.

(¡Santo Dios, ábrete abismó!)

CAYET.

La pintaré mi pasion...

(que me está amando recelo,)

y si me llega á querer,

muy pronto vamos á ser

un matrimonio modelo.

Ya mi corazon se afana

por decirle: «Yo te adoro.»

¿No es verdad que es un tesoro

mi primita Cayetana?

Que es jóven, honrada y bella,

no puedo dudarlo, no.

¡Ay! ¿no opina usted que yo

seré muy feliz con ella?

El mundo me va á envidiar  
con mi prima encantadora.

(¿Si yo no me elogio ahora,  
cuándo me voy á elogiar?)

Pero noto, caballero,  
que usted cambia de color;  
¿siente usted por ella amor?

ARTURO. (¡En vano ocultarlo quiero!)

CAYET. ¿Para qué pruebas mayores  
que ese silencio?

ARTURO. Bien, pues,

sí, sí, ¡Cayetana es  
el ángel de mis amores!

Voy de su cariño en pos;  
por ella estoy padeciendo.

CAYET. (No hay duda, lo estoy oyendo,

me quiere, ¡gracias, gran Dios!)

¿Pero usted nunca le ha dicho?...

ARTURO. Ni una palabra.

CAYET. Es bien raro;

eso me dice bien claro

que es solamente un capricho.

ARTURO. ¡Capricho! si esa intencion

se abrigara aquí, en mi pecho,

yo mismo me hubiera hecho

pedazos el corazon.

CAYET. Entonces yo no concibo...

ni aun adivino el por qué

no se declara.

ARTURO. Oiga usted

de mi silencio el motivo.

No es de estrañar que así obre,

siendo su prima una ethica

jóven, elegante y rica,

y yo inmensamente pobre.

¿No sería una demencia

declararme, caballero?

Yo la diré que la quiero,

en cuanto cobre una herencia...

CAYET. ¡Ah! ¿Conque una herencia?

ARTURO.

Si;

y en prueba de que no miento,  
lea usted este documento.  
(Entregándole una carta.)

CAYET.

(Lo leeré.) Dice así:

«Sr. D. Arturo de Fidel.

Muy señor mio: En vista de lo que hablamos ayer, debo decirle que podría, y esto haciendo un gran favor, facilitarle la cantidad de diez mil duros, por los veinte mil que le corresponden de su herencia. Suyo,

Lobo.»

¡Vaya un lobo! Si, este lobo quiere ver si usted se deja engañar como la oveja; señor mio, ¡esto es un robo! (¿Y esto es justo, caballeros? (Dirigiéndose al público.)

Si fuese gobierno yo, mandaba á Fernando Póo á todos los usureros.

No, no puedo consentir que se deje usted engañar. Esto lo voy yo á arreglar.

ARTURO.

¿Más, cómo?

CAYET.

Le vá usted á oír.

Comprendiendo que usted estima á mi prima, y que ese amor ya es de tiempo, con dolor... yo le cedo á usted mi prima. Y como á usted le dá crédito su herencia, por eso estoy resuelto á entregarle hoy veinte mil duros sin rédito, ni pagaré.

ARTURO.

¡Es cosa rara!

CAYET.

A mí me es indiferente; la persona que es decente, se le conoce en la cara. Por lo mismo lo rechazo.

- ARTURO. Mi gratitud será inmensa,  
y además, en recompensa,  
le voy á dar un abrazo. (Se lo dá.)
- CAYET. (No puedo retroceder.)
- ARTURO. Usté alcanzará renombre,  
porque es usted, todo un hombre.
- CAYET. (Pues soy toda... una mujer.)  
Siento mucho, caballero,  
el tenerme que ausentar.  
Adiós, (Dándole la mano.) no le haré esperar,  
pronto tendrá usté el dinero. (Vase.)

## ESCENA XI.

ARTURO sólo.

Cosas pasan en la vida  
que nunca hubiese creído;  
¡entregar veinte mil duros  
de esa manera, es rarísimo!  
Si en vez de un hombre de bien  
fuese yo un solemne pillo,  
el primo de Cayetana  
sería un primo, muy *primo*.  
Que en la cara se conoce  
el que es decente, eso ha dicho;  
más niego la consecuencia,  
la niego, sí, lo repito;  
no se conoce en el rostro,  
por que hay en Madrid muchísimos  
que tienen cara de santos,  
y se dedican á oficios,  
que el que ménos, por lo ménos,  
estar debia en presidio.  
Y para que se convenzan  
que hay verdad en lo que digo,  
les voy á narrar un hecho  
digno de ser conocido.  
Frecuentaba yo la casa  
de un matrimonio sin hijos,  
personas de mucho aprecio,

y la mujer al marido  
 con frecuencia le decía:  
 «Llevas en la cara escrito  
 que eres persona decente;»  
 y hablaba bien, pues yo mismo,  
 juzgándole por el rostro,  
 creía que era un bendito;  
 tenían una sobrina,  
 que la trageron de Pinto,  
 para ahorrarse una criada;  
 y era uno de esos tipos  
 que su rostro está diciendo:  
 «Soy honrada.» Yo, al principio,  
 me puse á hacerla el amor  
 por estar entretenido,  
 y así seguí varios meses,  
 sin faltarla en lo más mínimo.  
 Más tarde, tuve que hacer  
 un viaje repentino  
 á la gran ciudad del Cid,  
 y á mi regreso, me dijo  
 un amigo de la casa:  
 «¿No sabe usted que ayer mismo  
 la sobrinita de marras  
 se ha fugado con su tío?»  
 Ella parecía buena;  
 él parecía un bendito;  
 luego pruebo que en el rostro  
 no se lee nada. He dicho.

## ESCENA XII.

ARTURO y TECLA, con un pliego.

TECLA. (¿Qué es lo que vendrá aquí dentro?)  
 De parte del señorito  
 don Juan Antonio, este pliego  
 para usted. (Se lo entrega.)

ARTURO. ¿Quién lo ha traído?

TECLA. Me parece que un criado;  
 de cierto no sé decirlo;

al ménos lo parecia.

ARTURO. Está muy bien.

TECLA. ¡Jesucristo!

Miento más que la *Gaceta*.

¡Qué lios, Señor, qué lios! (Marchándose.)

### ESCENA XIII.

ARTURO, solo.

Ha cumplido su palabra;  
(Después de haber visto los billetes.)

¡veinte mil duros, respiro!

con ellos, ya puedo hablarle  
á Cayetana. ¡Dios mio!

la declararé mi amor,

y si aprueba mi cariño,

seré el mortal más feliz

de cuantos han existido.

¡Y si llega á despreciarme?

¡Si su amor, que tanto ansio,

lo tuviese puesto en otro,

para qué mayor martirio?

¡Ay! deseo saber pronto

si es que soy correspondido.

Cada minuto que pasa,

¡gran Dios, me parece un siglo!

¡No sé por qué estoy celoso!

¡Tengo celos de mí mismo!

¡Mas no sufras, corazón,

que aun te queda el suicidio!

Si EL AMOR DE CAYETANA...

### ESCENA XIV.

ARTURO y CAYETANA que ha oído el último verso.

CAYET. ¿Llamaba usted?

ARTURO. (Qué la digo.)

No, señora.

CAYET. Como oi

- mi nombre.
- ARTURO. Sí; pero ha sido que estaba haciendo un soneto para usted, y era preciso nombrarla.
- CAYET. Vamos, ya caigo.
- ARTURO. (¡Ay! estoy sudando el quilo.)
- CAYET. ¿A ver? Léalo usted Arturo.
- ARTURO. Como no está concluido, no la puedo complacer.
- CAYET. ¿No? Pues lo siento muchísimo. (Veremos cómo se explica.)
- ARTURO. Entonces, con su permiso, lo concluiré al instante. (Saca una cartera, sin que lo note Cayetana.)
- CAYET. Conste que yo no lo exijo.
- ARTURO. (¡Oh! ¡qué idea se me ocurre, (Se pone á escribir.) el pensamiento es magnífico!)  
CAYET. (Me está escribiendo un soneto, (Se sienta.) y si en él, como imagino me declarase su amor, como sé que no es ficticio, en vez de «Lo pensaré,» le contestaré: «Lo admito.» No conviene por ahora hablarle nada del primo, porque si llega á saber que el primo fui yo, ¡Dios mio! hasta que cobre la herencia no se casa, positivo. Nada, guardar el secreto es lo más acertadísimo. Ya tendré tiempo despues, cuando sea mi marido, de dárselo á entender todo.)
- ARTURO. Oiga usted: se lo suplico. (Despues de una breve pausa.)  
«¡Hermosa Cayetana! yo quisiera hoy hacerte una gran dedicatoria, que quedara grabada en tu memoria

y asombrase á la gente venidera.

Porque eres, en verdad, tan hechicera,  
que al dejar de existir, dirá la historia:

«De Cleopatra llegó á eclipsar la gloria,  
pues no era una mujer, un ángel era!»

Te consagro un soneto, más deliro,  
al quererme meter en tal aprieto,  
pero en tu rostro angelical me inspiro.

Y así, pues, á decirte me concreto,  
que e yo te adoro, que por tí suspiro.

(Arrodillándose.)

CAYET. Lo mismo yo. (Rápido y levantándose.)

ARTURO. Se concluyó el soneto.» (Idem.)

¿Me quieres?

CAYET. Pregunta vana;

en cuanto seas casado,  
sabrás á dónde ha llegado

¡EL AMOR DE CAYETANA!

No te quepa duda alguna;

mujeres podrás hallar

que te sabrán mucho amar,

pero como yo, ninguna.

ARTURO. Hasta arreglar nuestro enlace

no pararé día y noche.

(Tira del cordon de la campanilla.)

## ESCENA ÚLTIMA.

CAYETANA, ARTURO y TECLA á la puerta del foro.

CAYET. Vaya usted á buscar un coche.

Espérate. No me place

que esto finalice así.

¿Pues qué, acaso te se olvida?...

(Por el público.)

ARTURO. Me impone esta despedida.

Tecla, acérquese usted aquí.

(TECLA se aproxima y se pone en medio de los dos.)

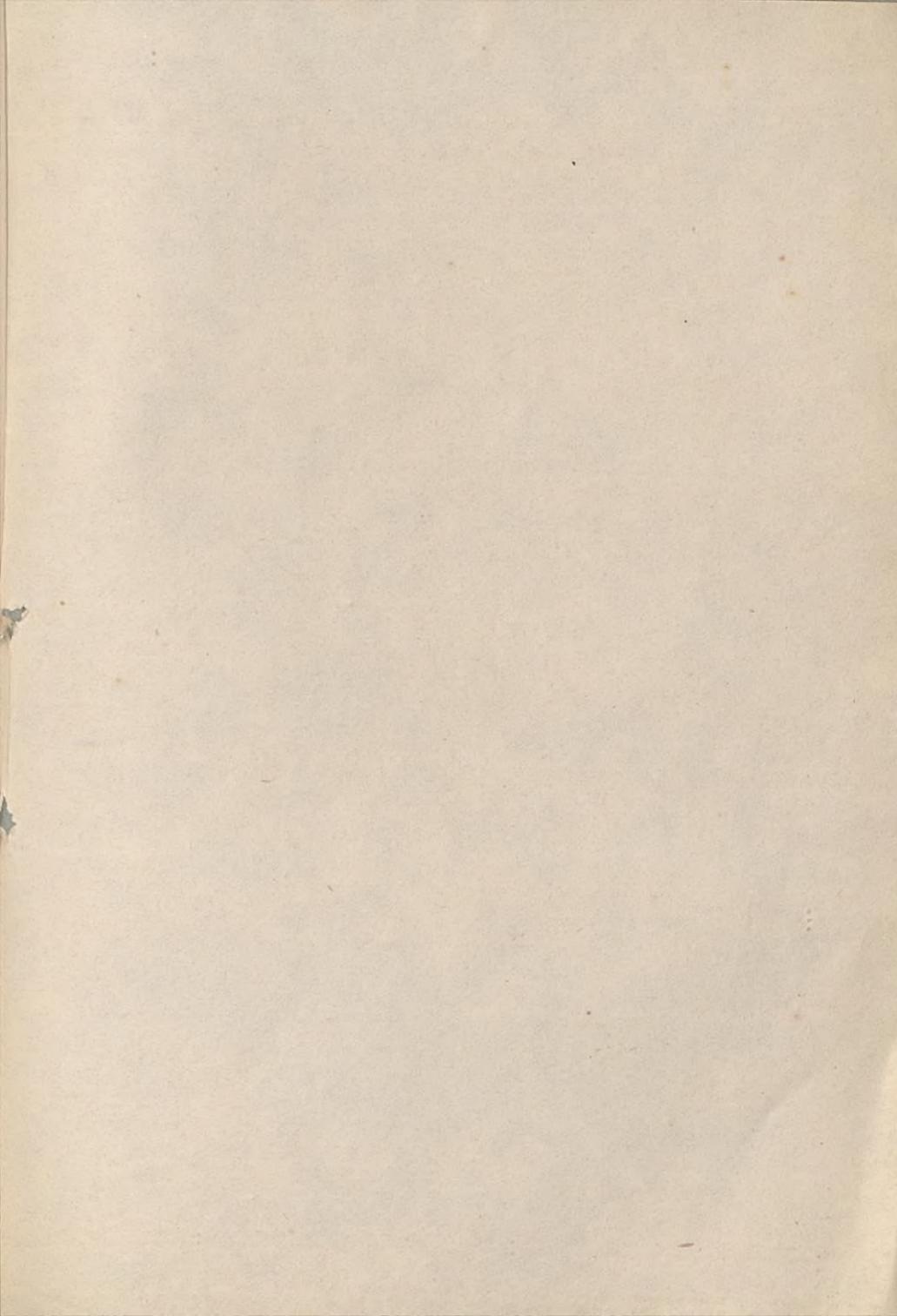
En el público se aumenta

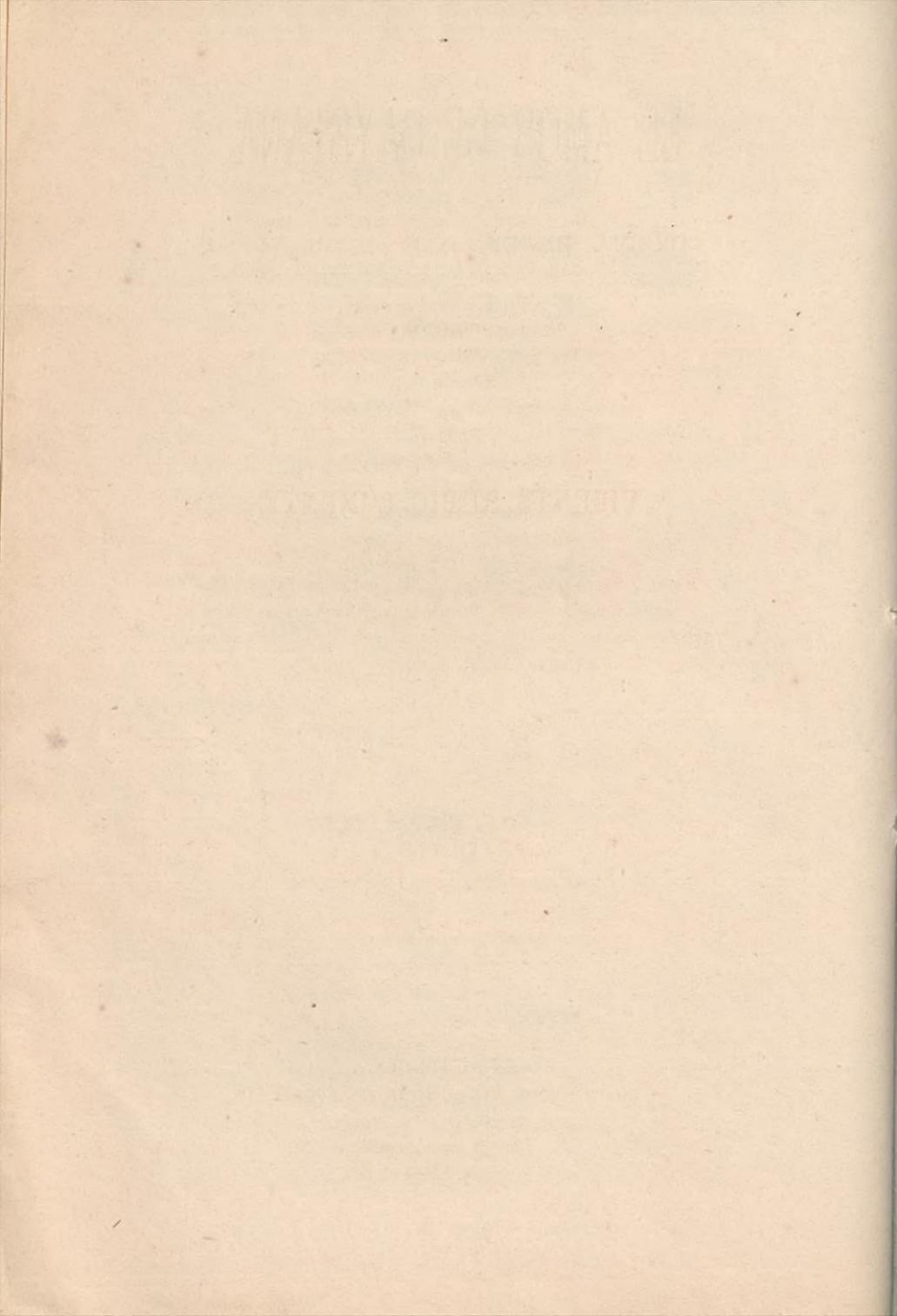
la agitación, y he creído...

- TECLA. Comprendido, comprendido;  
eso corre de mi cuenta.
- ARTURO. Pues á su eleccion lo dejo.
- TECLA. ¡Como que soy poetisa!
- CAYET. } ¡Já! ¡já! ¡já!
- ARTURO. }
- TECLA.                               ¿Les causa risa?  
Oigan, pues, este ovillejo.  
(Dirigiéndose al público.)  
Por que la aplaudan se afana,  
Cayetana.  
Quiere aplausos, de seguro,  
Arturo.  
Y silba no quiero, no,  
Yo.  
Si la comedia os gustó,  
si los tres bien estuvimos,  
un aplauso, os lo pedimos  
Cayetana, Arturo y yo..

FIN.









# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Carmen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

## PROVINCIAS.

En casa de los correspondientes de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.